

8-11-58
10
20
28

2 n
3 n
4 n
3 T



GRAN TEATRO DEL LICEO

BARCELONA

EMPRESA:
JOSE F. ARQUER

DOMINGO, 23 NOVIEMBRE DE 1952

MADAMA BUTTERFLY

Opera en tres actos, libreto de Illica y G. Giacosa, inspirado en las obras de John L. Long y David Belasco, música de Giacomo Puccini.

Estrenada en Milán, el 17 de febrero de 1904; y en el Liceo el 10 de diciembre de 1909, habiendo sido su última y 89 representación en nuestro Gran Teatro, la del 26 de diciembre de 1949.

REPARTO

<i>Madama Butterfly</i>	Elena RIZZIERI
<i>Suzuky</i>	Pilar TORRES
<i>Pinkerton</i>	Giuseppe CAMPORA
<i>Sharpless</i>	Manuel AUSENSI
<i>Kate Pinkerton</i>	Maria Rosa ESTER
<i>Goro</i>	Piero de PALMA
<i>El Príncipe Yamadori</i>	Antonio CABANES
<i>El tío Bonzo</i>	Jacinto SANTAMARIA
<i>El Comisario Imperial</i>	Juan RICO

Coro general.

Maestro Director:
ANGELO QUESTA

Regidor de escena:
Aeli Carlo AZZOLINI

Maestro de Coro:
José ANGLADA

Decorados de E. SORMANI, de Milán

Muebles: MIRÓ

42549-7

ARGUMENTO

Lugar de la acción: Nagasaki (Japón).

Epoca de la misma: A principios del siglo xx.

ACTO PRIMERO

Jardín de una casita japonesa, totalmente cubierto de flores primaverales, situada en una loma divisándose al fondo la ciudad de Nagasaki y el puerto. El teniente de navío Pinkerton, encontrándose de paso en Nagasaki en unas maniobras de la escuadra norteamericana, busca durante su permanencia en él, la compañía de una hermosa hija del país; a tal fin habiendo conocido a Cio-Cio-San, encarga al mediador Goro de buscar una casa donde vivir con ella. Goro muestra al teniente la casa que por su encargo ha alquilado y le presenta los criados que ha tomado. Llega Sharpless, el cónsul de los Estados Unidos, para asistir a la ceremonia de la boda que se celebrará poco después y, conversando, esperan la llegada de la novia. Se oyen cantos de muchacha y llega Cio-Cio-San, conocida por Butterfly, acompañada de sus amigas y siguiendo usos del país, antes de la boda, enseña al futuro esposo toda una serie de pequeñas bagatelas que posee y que guarda o tira según sean o no de su agrado. Entre ellas hay un puñal con puño de marfil que la novia oculta celosamente, y al preguntarle Pinkerton por su significado, baja la vista emocionada y no responde. Goro le cuenta aparte que es un recuerdo del padre de la joven, y que se trata de un regalo del Emperador, con el que se suicidó, haciéndose el «harakiri». Llega el Comisario Imperial celebrándose seguidamente el matrimonio, que ha de durar sólo el tiempo que el teniente viva allí, quedando después la joven libre para buscarse otro marido, de acuerdo con la costumbre japonesa.

Cio-Cio-San, acepta este trato, y se celebra la ceremonia por la cual se libra de todas las leyes japonesas, para adoptar las americanas de su consorte y se une a su vez con el hombre que quiere, imposibilitándose más tarde de juntarse con ningún otro. Sharpless, se da cuenta de la sinceridad de la muchacha al contraer este nuevo compromiso, y aconseja a su amigo de no ilusionarla demasiado. Más, Pinkerton se ríe de sus pueriles escrúpulos. Al acabar de formular los juramentos de ritual, aparece el Bonzo, tío de Butterfly, el cual la increpa y maldice por haber renegado de su antigua religión obligando a todos los asistentes a apartarse de Butterfly. Pinkerton lo arroja del jardín, divertido en el fondo por todos estos sucesos que le parecen muy pintorescos, sin ver que en ellos se juega el corazón de una joven romántica, y aleja también a los asistentes a la ceremonia. Después, trata de consolar a su esposa de las desagradables palabras del irascible viejo. Pronto el encanto de la noche ejerce su maravilloso influjo sobre ellos y, después de un tierno y apasionado dúo, amorosamente, la enamorada Butterfly cae en los brazos de su esposo.

ACTO SEGUNDO

Interior de la casita de Butterfly.— Han transcurrido tres años. La primavera ha vuelto mas la triste japonesa está sola con su sirvienta Suzuki, pues el teniente Pinkerton hace ya tiempo que partió para la lejana América. No obstante, ella le espera siempre, día tras día, sin desesperar, pues le prometió regresar y tiene fe en su palabra. En tanto, reconviene a la criada porque duda del retorno del marino.

Aparece el cónsul Sharpless, trayendo una carta de Pinkerton, en la cual le suplica ponga en conocimiento de Butterfly su próxima llegada, acompañado de su esposa norteamericana, informándola bien de esto para prevenir un posible escándalo. Pero el gozo de la joven, al saber que se trata de noticias de su amado y presintiendo su inmediata llegada, es tan inmenso, que el cónsul carece de valor para explicarle el resto del comunicado. Butterfly rechaza las proposiciones del casamentero Goro, que le brinda la oportunidad de unirse con el rico Yamadori, noble japonés que se ha prendado de su belleza. Cuando tratan de convencerla de que ante la ley, dado el tiempo que ha estado separada de Pinkerton, ello equivale a un divorcio, exclama: «Esto será para una japonesa, mas no para una norteamericana como yo.» Y para apoyar sus razonamientos les muestra su tierno hijo, nacido de sus amores con el teniente, y que tiene el derecho de ostentar la nacionalidad del padre. El cónsul abandona la casa tristemente, presintiendo un fatal desenlace, y se oye el cañonazo del puerto que anuncia la llegada del buque americano. Butterfly engalana el salón con flores para recibir dignamente al amado. Anochece lentamente; y después de vestir el kimono blanco de desposada, que nunca más se ha puesto desde la partida de su amado, con el pequeño a su lado, la joven japonesa vela ansiosamente, contemplando a través de la ventana como las luces se encienden en la ciudad y las estrellas iluminan el negro manto del firmamento, mientras a lo lejos se oye el canto del pueblo japonés en sus plegarias del anochecer.

ACTO TERCERO

La misma sala del acto anterior.— Butterfly permanece en la misma actitud que quedó al caer el telón, habiendo esperado inútilmente toda la noche, y sorprendida ahora por las primeras claridades del amanecer; Suzuki la persuade para que se retire a descansar un rato. El día avanza paulatinamente. Al fin, llega a la casita, Pinkerton y el cónsul Sharpless, acompañando a una bella dama ataviada a la moda occidental. Ésta no es otra que Kate, la esposa del marino. Ellos informan a Suzuki de la verdad, y ésta se horroriza cuando piensa en la desagradable conmoción que la noticia producirá a su joven ama.

Pinkerton, emocionado por las flores, los muebles y la visión de todo lo que le recuerda un feliz pasado, no puede resistir la punzante evocación, y se retira. En tanto, su esposa propone adoptar el hijo de su marido y de Butterfly. Ésta aparece, y no encontrando a Pinkerton se da cuenta de la presencia de una mujer desconocida y adivinando

la terrible verdad, procura dominar la agitación y la pena que la consumen; con una dolorosa serenidad dice a Kate que su marido tendrá el niño si viene a buscarlo personalmente dentro de media hora. La señora promete que así lo repetirá a Pinkerton, y vase de la casa en compañía del cónsul. Al quedar sola, la afligida Butterfly se dirige a coger el puñal de su padre que guarda al pie de un altar; pero Suzuki, al objeto de distraerla, trata de hacer salir al niño de la habitación, pero su madre se apresura a cogerlo, vendándole los ojos y poniendo en sus manitas una pequeña bandera norteamericana. Realizado ésto, se retira ella detrás de un biombo, se arrodilla para rezar una breve oración a los dioses— japoneses que con tan mala ventura abandonó, y empuñando el puñal— lee la inscripción japonesa que lleva grabada en su hoja. «Morir con honor, cuando no se puede vivir con él», se la hunde en el vientre, suicidándose. Cuando aparecen Pinkerton y el cónsul, que vienen a buscar el niño, la desdichada Butterfly ha expirado ya; y mientras el oficial se arrodilla desesperado a su lado, el cónsul toma en sus brazos al pequeñuelo para apartarlo de tan trágica visión.

